

HITO

de la parroquia

SAN JOSÉ DE MINAS



Los arrieros

Cronistas de la parroquia:

Carmita Almeida, Enrique Gómez, Edison Valencia, Germán Román, Jaime Romero, Jorge Arias, Joselo Naranjo, Juan Saavedra, Justino Flores, Manuel Sosa, Rosa Ibarra, Rosa Sosa.

Equipo gestor:

Natalia Dávila Salguero, Cecilia Marcillo.

Noviembre de 2022

RESUMEN

El presente ensayo expone la importancia de la visibilización de la historia que nos construye como comunidades, aun tratándose de situaciones que pueden ser vistas bajo los lentes del juicio moral por tratarse de transgresoras. Sin embargo, poder entender el contexto que genera esas condiciones y las búsquedas que como sociedades tenemos para sobrevivir a ellas, otorga nuevos sentidos e identidades resignificadas que nos permiten asumirnos desde aquellos lugares otrora vistos como ilegales y socialmente cuestionados. Así, se presenta a los Arrieros, personas que transformaron su oficio de mercaderes en una acción aguerrida para buscar medios de subsistencia económica a partir del traslado ilegal de aguardiente.

Si existe un personaje emblemático de San José de Minas, ese es el Arriero: hombres y mujeres que se dejaron la vida con el fin de sacar adelante a sus familias.

Palabras clave: arrieros, aguardiente, contrabando, minas.

Los Arrieros

Para entender la importancia de los arrieros dentro de la configuración cultural de la parroquia de San José de Minas, este ensayo se basará en los postulados de James Clifford, historiador, antropólogo y literato.

Los arrieros, personajes que tenían a su haber el transporte del aguardiente ilegal, y que su vida dependía en aquellos tres a cinco días que duraba ese desplazamiento. Ese ir y venir se constituyó en la cotidianidad que marcó nuevas dinámicas de vida para todo un territorio, ya que además se trataba de un desplazamiento limitado por un sistema de opresión dirigido por el Estado.

Clifford plantea el análisis del movimiento, tanto en su desplazamiento como en su inmovilidad. El viaje que supone este movimiento y los contactos que suceden son los que van configurando una cultura y sociedad que no deja de construirse de forma continua. El concepto de viaje obliga a sacar el concepto de cultura de un contexto, lugar o territorio cerrado, dando como resultado un desplazamiento que llena de significados culturales:

El viaje, desde esta perspectiva, denota una amplia gama de prácticas materiales y espaciales que producen conocimientos, historias, tradiciones, comportamientos, músicas, libros, diarios y otras expresiones culturales. Incluso las condiciones más duras de viaje, los regímenes más explotadores, no reprimen enteramente la resistencia o la emergencia de culturas (...).¹

¹ James Clifford, Itinerarios transculturales "Culturas viajeras", p.51.

A partir de esta noción, se valida que el personaje del arriero es un símbolo representativo de la cultura de esta parroquia.

Los arrieros como personajes emblemáticos de la parroquia

San José de Minas presenta una historia que viene de épocas prehispánicas y que se desarrolla de manera intensa a lo largo del tiempo colonial, pero a decir de sus pobladores actuales, el mayor impacto generado en su desarrollo como parroquia sucedió a lo largo de casi todo el siglo XX con la Ley de Estancos impuesta por el gobierno de inicios del siglo. Esta ley impactó negativamente en la posibilidad de generar recursos económicos suficientes para que los pobladores mineños pudieran contar con lo necesario para cubrir sus necesidades más básicas, y fue por esto que, de manera contraria a las leyes impuestas en ese entonces, inició el contrabando de aguardiente en esta parroquia.

De manera muy breve, se puede explicar que esta actividad cubría todos los aspectos de la cadena de producción y salida del producto; es decir, en San José de Minas se producía el alcohol, se transportaba a distintos destinos y se vendía. Todas estas actividades ocurrían de manera oculta ya que eran castigadas por el Estado, quien las había definido como ilegales.

La única producción y venta permitida la establecía el gobierno, pero daba solamente beneficios a quienes eran dueños de grandes haciendas con la capacidad de producir en grandes cantidades. De este modo, se precarizó aún más a la población que contaba con pocos recursos y que eran pequeños productores.

Al ser ilegal producir fuera del control del Estado, también se tuvo que transitar por caminos ocultos y peligrosos, para evadir a los emisarios del gobierno, que eran llamados "Guardas".

Finalmente, distribuir ese producto ilegal también era castigado, así que se lo entregaba en cantinas y otros sitios en Quito, Otavalo e Ibarra, y generalmente se lo vendía a escondidas. Este brevísimo recuento de esta actividad que levantó económicamente a la parroquia, duró prácticamente ochenta años, hasta 1992 cuando durante el gobierno de Rodrigo Borja, se derogó esta y otras leyes que estaban caducas y que no contribuían de ninguna manera al Estado ni a los otros territorios de aplicación de esas leyes.

En toda esta historia del siglo XX existe una figura que emergió como el centro del movimiento alrededor del contrabando. Este personaje es el Arriero. Mencionar a los arrieros significa tocar historias que aún están presentes, en las memorias y cuerpos que guardan los relatos de lo que fue vivir el contrabando de aguardiente. Para algunas de estas personas representó un par de años de actividad, mientras que para otras llegaron a ser cincuenta o más años, es decir, la vida entera. Y aún, entre el peligro y lo incierto de este oficio, en muchos casos, sus protagonistas afirman que lo volverían a hacer.

Los y las arrieras son los personajes emblemáticos de San José de Minas, y reconocen en ellos el hito cultural que los define como parroquia.

Como antecedente histórico, el oficio de ser arriero viene desde España y tiene cerca de diez siglos de tradición. La palabra arriero viene de arrear, que significa: “estimular a las bestias para que echen a andar, o para que sigan caminando, o para que aviven el paso” (Real Academia Española, 2022).

En algunos pueblos y ciudades de España, surgieron como mercaderes que movilizaban los productos en recuas de mulas o caballos. Por varios siglos fueron el único medio de movilización de esos productos y en algunas épocas llegaron a tener tanta relevancia y confianza de parte del pueblo y las autoridades, que gozaban de privilegios especiales y categoría gremial. En algunos lugares, el pago por su trabajo era alto pero se les contrataba porque tenían una bien ganada y confirmada fama de ser honrados.

La gente les confiaba dinero y hasta oro molido para ser trasladado.

Fueron, por siglos, el monopolio del traslado de productos como el pescado a la Corte Española; mientras que de regreso llevaban paños, jabones y aceite, siendo estos productos cotizados y bien pagados. De allí, llega a hispanoamérica la tradición de los arrieros como mercaderes y están presentes en varios países, desde México hasta Chile, y Ecuador no fue la excepción.

Volviendo a San José de Minas, los arrieros se encargaban de llevar la producción agrícola hacia los pueblos y ciudades más grandes donde había demanda; y de regreso también llevaban elementos que eran necesitados, pero no se producían, en la parroquia. Como todo esto lo hacían con animales como los caballos, burros y mulas, ellos ya tenían experiencia en el manejo de las recuas. Sabían controlarlos, armar las cargas y montarlas en los animales; y conocían los caminos para llegar a distintos lugares. Es decir, como mercaderes, manejaban muy bien su oficio.

A los arrieros, aparte de que ya se los conocía por su oficio, también se los reconocía por su vestimenta y aparejo. Lo más característico en su vestir era el sombrero, que era elaborado de paño y de ala corta; el poncho de lana de borrego o a veces los ponchos de agua; y las alpargatas de cabuya. El aparejo, en cambio, era el grupo de herramientas básicas para montar y trasladar las cargas de aguardiente. Dentro del aparejo estaban los siguientes elementos: *macana* tejida, usada para cubrir los ojos a los caballos en situaciones específicas; la *albarda*, una especie de almohada de tela de cabuya rellena con paja de páramo colocada en la panza del caballo o mula, y que ayudaba a aliviar las cargas pesadas; la *sincha* que era la cinta con la que se amarraba la albarda; los *jebes*, hechos con liencillos y recubiertos con caucho, que se utilizaban para contener el aguardiente; el *acial*, una especie de látigo utilizado para azotar a los animales para su avance; el *cabestro*, una cuerda hecha de cuero de ganado vacuno que se utilizaba para amarrar las

cargas; las *alforjas* de cabuya, en donde se llevaba la comida y bebida para el traslado; la *jáquima*, una cuerda trenzada de cabestro, colocada en la cabeza de los caballos o mulas para guiarlos o sostenerlos en situaciones de riesgo; el *machete*, para abrirse camino en la montaña. Estos elementos, entre algunos otros, eran el equipamiento básico de los arrieros.

Al iniciar el contrabando, ellos se convirtieron en la pieza clave de esa actividad. Hacían lo mismo que cuando mercaderes, solamente que con el aguardiente; pero en este caso el factor de riesgo era nuevo, ya que se trataba de una actividad penalizada en la que se podía perder la libertad y hasta la vida. Las historias de los y las arrieras conmueven y apasionan. Pusieron su vida en esta actividad que les permitió generar recursos para alimentar a sus familias, para educar y vestir a sus hijos, para construirse una casa, o hasta para ponerse un negocio pequeño. Para muchos, representó el dinero del día a día pero, aun así fue una posibilidad que de otra manera no hubieran tenido.

Imposible contar aquí las tan diversas historias de los arrieros, pero hay que dejar constancia de que las cargas semanales que transportaban podían llegar hasta los 500 litros. Sus destinos eran Otavalo, Ibarra, Atuntaqui, Cotacachi, Quito.

La lista de personas que fueron arrieros es enorme, pero hay algunos que son recordados por sus historias y personalidades peculiares. Uno de los más famosos arrieros fue Malaquíás Meza, conocido como *Al Capone*, que con ocho caballos y una mula transportaba hasta 500 litros por semana.

Otro arriero reconocido fue José Miguel Pillajo, quien por 15 años se dedicó a ser arriero. Amaba a sus caballos y con tres de ellos transportaba hasta 270 litros.

Telmo Ruiz Vera empezó a arrear a los 13 años y lo hizo por 22 años. Siempre tuvo seis caballos, pero durante toda la época de contrabando, llegó a tener 150 caballos.

Segundo Santander tuvo que huir de los guardas con 80 litros en su espalda, los escondió en la montaña y se fue a su

casa. Volvió cuando el peligro había pasado acompañado de gente del pueblo que lo ayudara a llevar la carga de regreso. Solidariamente fueron a ayudarlo, él en agradecimiento les regaló dos litros de aguardiente que fueron bien recibidos y bebidos.

Teófulo Cueva, en cambio, engañó a los guardas transportando las cargas de aguardiente frente a ellos. El engaño consistió en simular un cortejo fúnebre con músicos y gente llorando en procesión, cargados de un ataúd que, en vez de llevar a un muerto, llevaba las cargas de alcohol. Los guardas vieron pasar al difunto, mientras Teófulo salía triunfante de este acto.

A Luis Román un guarda le quitó la vida a su hermano. Un balazo directo al corazón de su hermano y su cuerpo quedando en medio páramo lo decidió a retirarse del contrabando.

Pepe Vera fue uno de los más famosos arrieros. Todos lo conocían y las historias más comentadas eran protagonizadas por él. Le recuerdan porque cuando se le rompían las alpargatas en el camino, las botaba y seguía lo que faltaba de camino a pie desnudo. También cuentan de él que solía quedarse en calzoncillo cuando llovía en el páramo, y que por eso la gente decía que era como un sapo. También se cuenta de cuando empujó a uno de sus caballos por un precipicio matándolo cuando el animal golpeó a uno de sus gallos de pelea y este murió. Mientras el animal rodaba por la quebrada, Pepe Vera le gritaba que aun estando muerto le quedaba debiendo su gallo.

Las mujeres también estuvieron presentes y fueron pieza clave para el desarrollo de esta actividad. Una de ellas, Laura Espinoza, trabajó con su esposo en el traslado del licor, luego tenía que esconder las cargas para finalmente venderlas en Minas o en Quito. Cuando llevaba a la ciudad vendía en la Vicentina, en el Camal y en Guápulo; y siempre debía hacerlo a escondidas. En una ocasión la atraparon y la llevaron a la dirección de Estancos, donde tuvo la buena suerte de ser conocida por el gerente. En esa ocasión, él mismo la llevó a vender la carga contrabandeada en las cantinas.

Dolores Serón, productora y arriera, se dedicó al contrabando por 32 años. En ese tiempo aprendió a preparar el aguardiente y trasladarlo para la venta en viajes que duraban hasta una semana. Siempre llevaba consigo el acial y el machete para defenderse de las culebras equis que solían estar en varios tramos del camino.

Rosa Ibarra, productora y arriera, dedicó su vida desde los 8 años a la elaboración del aguardiente, y años después ya podía sacar el trago, pero como vivía en un lugar por donde no pasaban caballos, la única manera de hacerlo era en la espalda así que se acostumbró a cargar de 5 a 10 litros de alcohol cada vez.

Tomando como referencia a las personas entrevistadas para el libro *Arrieros*, de autoría de Juan Fernando Saavedra (mineño) y con fotografías de Martín Jaramillo, los nombres presentados son de quienes todavía podían contar su historia. Solamente de allí se extrajeron 55 nombres, pero a lo largo de 80 años, fueron muchas más las personas que participaron de esta actividad.

Compartimos los nombres de quienes todavía guardan esa memoria por haber sido arrieras y arrieros: Gerardo Morales, Malaquías Meza, José Pillajo, Pedro Almeida, Luis Armendáriz, Telmo Ruiz, Luis Ruiz, Segundo Santander, Pedro Rengifo, Germán Román, Teófilo Mediavilla, Jorge Montalvo, Hugo Saavedra, Teófilo Cueva, Leonardo Herrera, Luis Román, Segundo Sampedro, Félix Flores, Héctor Benalcázar, Carlos Melo, José Valle, Tulio Flores, Ernesto Almeida, Walter Flores, Luis Mena, José Flores, Laura Espinoza, Rosendo Garzón, Saúl Manosalvas, Luis Flores, Manuel Vera, Plutarco Benalcázar, Moisés Navarro, Nelson Flores, Floro Vaca, Juan Dávila, Pastor Mediavilla, Rafael Flores, José Valencia, Delfín Guamaní, William Melo, Álvaro Melo, Jorge Valencia, Ángel Proaño, Dolores Serón, David Nicolalde, Jorge Flores, Rosa Ibarra, Jorge Betancourt, Marco Ayala, Washo Manosalvas, Darwin Melo, Heriberto Flores, Rafael Vaca, Segundo Rea.

A través de la escritura de este ensayo también queremos honrar la memoria de todas aquellas personas

cuyos nombres no constan, pero que se expusieron a los peligros que suponía el contrabando con tal de poder contar con algo de dinero para su subsistencia diaria y de su familia.

El contrabando marcó toda una dinámica de vida, construyó rutas, generó nuevas prácticas comunitarias de resistencia, definió una identidad de la cual son parte los caballos y todos los elementos con los que vestían los arrieros para sobrevivir los traslados; marcó una alimentación en la que predominaba el pinol (cebada, canela, panela); fijó los procesos de destilación de la caña de azúcar en pequeña escala; permitió desarrollar nuevos modos de comunicación a partir de sonidos, símbolos, o elementos que avisaban del peligro. Toda una cultura se desarrolló en torno a esta situación.

Ser arriero, con las condiciones precarizantes generadas a partir de las decisiones estatales, se convirtió en la afirmación de una pertenencia colectiva de resistencia frente al gobierno; del surgimiento de una identidad a partir de la lucha por la supervivencia; de la existencia de prácticas culturales que iban conformando redes con determinadas dinámicas sociales.

No cabe, en este reconocimiento cultural el cuestionamiento moral de la ilegalidad de la actividad, sino de los procesos que dieron lugar a esa manera colectiva de ser y de articularse, a partir de la realidad compleja que se convirtió en su cotidianidad a lo largo de casi un siglo.

Es por esto que, culturalmente, San José de Minas reconoce en la figura del arriero a quienes la construyeron económicamente. Es una figura de identificación social y cultural, que evoca la memoria de sus pobladores y que construyó mucho de la estructura simbólica y cultural de lo que hoy en día es esta parroquia.

Referencias

- Bernis, C. (n.d.). *La fuerza de la palabra: retazos antropológicos y etnológicos de la Maragatería entre 1803 y 1848 a través del libro de cuentas de un arriero*. / BERNIS, Cristina. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-fuerza-de-la-palabra-retazos-antropologicos-y-etnologicos-de-la-maragateria-entre-1803-y-1848-a-traves-del-libro-de-cuentas-de-un-arriero-784240/html/>
- Clifford, J. (2019). *Itinerarios transculturales: culturas viajeras* (Editorial Gedisa ed.).
- Jaramillo, M., & Saavedra, J. F. (2018). *Arrieros, historias de caña y contrabando*. Nuevo Arte Impresiones.
- Ley derogatoria 2 para la depuración de la normativa legal. (2010). In Vlex. Vlex. <https://vlex.ec/vid/ley-2-ley-derogatoria-645314433>
- Mato, P. (n.d.). *Arriero*. Wikipedia. <https://es.wikipedia.org/wiki/Arriero>
- Míguez, D. (2008). *Delito y cultura: los códigos de la ilegalidad en la juventud marginal urbana* (Editorial Biblos ed.).
- Ministerio de Hacienda, República del Ecuador. (1917). *Sinopsis de las Rentas e Impuestos Nacionales y servicios a que están destinados* (Vol. VI). <http://hdl.handle.net/10469/10745>

